

PAULO
COELHO

La espía



PAULO COELHO

LA ESPÍA

Traducción de Ana Belén Costas

 Planeta

Título original: *A espiã*

© Paulo Coelho, 2016

<http://paulocoelhoblog.com/>

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con Sant Jordi Asociados,
Agencia Literaria, S. L. U., Barcelona, España. www.santjordi-asociados.com

© por la traducción, Ana Belén Costas, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Imágenes del interior:

Página 13, 21 y 161: © Collection Fries Museum, Leeuwarden

Página 67: © Bibliothèque Nationale, Paris, France / Archives Charmet /
Bridgeman Images/AGE.

Página 203: Le Petit Parisien, 1917

Página 209: © The National Archives of the UK, ref. KV2/1

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de la cubierta: © Akg Images - Album

Fotografía del autor: © Niels Ackermann

Primera edición: octubre de 2016

ISBN: 978-84-08-16180-6

Depósito legal: B. 18.075-2016

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Prólogo	13
Parte 1	21
Parte 2	67
Parte 3	161
Epílogo	203
Nota del autor	209

PARTE 1



Estimado señor Clunet:

No sé qué ocurrirá a finales de esta semana. Siempre he sido una mujer optimista, pero el paso del tiempo me está convirtiendo en una persona amargada, solitaria y triste.

Si todo va como yo espero, nunca recibirá usted esta carta. Me habrán perdonado. Al fin y al cabo, a lo largo de mi vida he ido cultivando la amistad de amigos influyentes. La guardaré y se la daré algún día a mi única hija para que descubra quién fue su madre.

Pero, si me equivoco, no tengo muchas esperanzas de que estas páginas, a las que he dedicado mi última semana de vida sobre la faz de la Tierra, lleguen a conservarse. Siempre he sido una mujer realista, y sé que un abogado, cuan-

do un caso está cerrado, se pone con el siguiente sin mirar atrás.

Ya me imagino la situación; es usted un hombre ocupado que se ha ganado cierta fama defendiendo a una criminal de guerra. Mucha gente estará llamando a su puerta para solicitar sus servicios; a pesar de la derrota, ha conseguido una gran publicidad. Habrá periodistas interesados en conocer su versión de los hechos, frecuentará los restaurantes más caros de la ciudad y sus colegas lo tratarán con respeto y envidia. Sabe que nunca ha habido ninguna prueba material contra mí, sólo ciertos documentos previamente manipulados; pero nunca podrá admitir en público que dejó morir a una inocente.

¿Inocente? Tal vez no sea ésa la palabra exacta. Nunca he sido inocente, desde que llegué a esta ciudad que tanto amo. Creí que podría manipular a los que querían secretos de Estado, creí que los alemanes, los franceses, los ingleses, los españoles jamás se me podrían resistir, pero fui yo la manipulada. Me libré de crímenes que cometí, aunque el más grave de todos fue ser una mujer emancipada e independiente

en un mundo gobernado por hombres. Me condenaron a pesar de que lo único que conseguí fue enterarme de chismes en los salones de la alta sociedad.

Sí, convertí esos chismes en «secretos» porque quería dinero y poder. Pero todos los que hoy me acusan sabían que no contaba nada nuevo.

Es una pena que nadie llegue a saberlo nunca. Estos sobres acabarán en algún lugar, como un archivo lleno de polvo, con otros expedientes, de donde no saldrán hasta que su sucesor, o el sucesor de su sucesor, decida hacer algo de sitio y se deshaga de los casos antiguos.

Para entonces, mi nombre ya habrá sido olvidado; pero no escribo para ser recordada. Lo que intento es entenderme a mí misma. ¿Por qué? ¿Cómo es posible que una mujer que durante tantos años consiguió todo lo que quería pueda ser condenada a muerte por tan poco?

En este momento, repaso mi vida y comprendo que la memoria es un río que siempre corre hacia atrás.

Los recuerdos están plagados de caprichos, de imágenes de cosas que hemos vivido y que

todavía nos pueden afectar mediante cualquier pequeño detalle, mediante algún ruido insignificante. Un olor a pan sube hasta mi celda y me vienen a la memoria los días en que caminaba libre por los cafés; eso me hace más daño que el miedo a la muerte y que la soledad que siento.

Los recuerdos nos acercan a un demonio llamado Melancolía; ¡oh, demonio cruel del que no puedo escapar...! Oír a una prisionera cantar, recibir una carta de admiradores que nunca me regalaron rosas ni jazmines, recordar alguna anécdota en una determinada ciudad que en aquel momento me pasó totalmente desapercibida y que ahora es todo cuanto me queda de este o de aquel país que visité...

Los recuerdos siempre vencen y, con ellos, aparecen demonios aún más aterradores que la Melancolía: los remordimientos, mis únicos compañeros de celda, salvo cuando las monjas deciden entrar y charlar un rato. No hablan de Dios ni me condenan por eso que la sociedad llama «pecados de la carne». Generalmente dicen una o dos palabras y de mi boca emanan recuerdos, como si quisiera retroceder en el tiempo, buceando en este río que corre hacia atrás.

Una de ellas me preguntó:

—Si Dios te diese otra oportunidad, ¿te comportarías de modo diferente?

Contesté que sí, pero realmente no lo sé. Todo lo que sé es que mi corazón es hoy una ciudad fantasma, habitada por pasiones, entusiasmo, soledad, vergüenza, orgullo, alevosía, tristeza. No puedo desprenderme de nada de eso, ni cuando siento pena de mí misma y lloro en silencio.

Soy una mujer nacida en una época equivocada y nada podrá cambiarlo. No sé si en el futuro se me recordará, pero si así fuera, que nadie me vea como a una víctima, sino como a alguien que nunca dejó de luchar con valentía y pagó el precio que le tocó pagar.

En una de mis visitas a Viena conocí a un señor que se estaba haciendo muy famoso en Austria. Se apellidaba Freud, no recuerdo su nombre, y la gente lo adoraba por haber recuperado la posibilidad de que todos seamos inocentes; nuestras faltas, en realidad, pertenecen a nuestros padres.

Trato de averiguar en qué se equivocaron, pero no puedo culpar a mi familia. Adam Zelle y Antje me dieron todo lo que el dinero podía comprar. Tenían una sombrerería, invirtieron en petróleo ya antes de que se supiese lo importante que llegaría a ser, me permitieron estudiar en una escuela particular, practicar danza, ir a clases de equitación. Cuando empezaron a acusarme de ser «una mujer de vida fácil», mi padre escribió un libro en mi defensa, algo que no debería haber hecho, porque me sentía del todo có-

moda con lo que hacía y con su texto solamente consiguió centrar más la atención sobre las acusaciones de que era una prostituta y mentirosa.

Sí, era una prostituta, si se entiende como tal alguien que recibe favores y joyas a cambio de cariño y placer. Sí, era una mentirosa, pero tan compulsiva y tan descontrolada que, muchas veces, olvidaba lo que había dicho y tenía que emplear una enorme cantidad de energía mental para enmendar mis errores.

No puedo culpar a mis padres de nada, salvo de haber nacido en la ciudad equivocada, Leeuwarden, lugar que la mayoría de mis compatriotas holandeses ni siquiera conocía, donde nunca pasaba absolutamente nada y los días eran todos iguales. Ya en la adolescencia comprendí que era una mujer bonita porque mis amigas solían imitarme.

En 1889, la fortuna de mi familia cambió; Adam fue a la quiebra y Antje cayó enferma y murió dos años después. Como no querían que esa mala situación me afectase, me enviaron a una escuela en otra ciudad, Leiden, firmes en su objetivo de que debía recibir la mejor educación y prepararme para ser maestra de jardín de infan-

cia mientras no conseguía un marido, un hombre que se encargase de mí. El día de mi partida, mi madre me llamó y me dio un paquete de semillas:

—Llévate esto contigo, Margaretha.

Margaretha, Margaretha Zelle era mi nombre, que yo sencillamente detestaba. Había una infinidad de niñas que se llamaban de esta forma por una famosa y respetable actriz.

Le pregunté para qué servían.

—Son semillas de girasoles. Sin embargo, más que eso, son algo que debes aprender; serán siempre girasoles, aunque no seas capaz de distinguirlos de otras flores. Aunque quieran, nunca podrán convertirse en rosas o en tulipanes, el símbolo de nuestro país. Si quieren negar su propia existencia, vivirán una vida amarga y morirán.

»Es decir, aprende a seguir tu destino con alegría, sea cual sea. Mientras crecen, las flores muestran su belleza y son apreciadas; después mueren y dejan sus semillas para que otros continúen el trabajo de Dios.

Guardó las semillas en un saquito que, hacía días, la había visto tejer con todo el esmero, a pesar de su enfermedad.

—Las flores nos enseñan que nada es permanente; ni la belleza, ni el hecho de que se marchiten, porque darán nuevas semillas. Recuérdalo cuando sientas alegría, dolor o tristeza. Todo pasa, envejece, muere y renace.

¿Cuántas tempestades tendría que superar hasta entenderlo? Sin embargo, en aquel momento, sus palabras me sonaron huecas; estaba impaciente por marcharme de aquella ciudad asfixiante, con sus días y sus noches iguales. Hoy, mientras escribo esto, comprendo que mi madre también se refería a ella misma.

—Hasta los árboles más altos proceden de semillas tan pequeñas como éstas. Recuérdalo y no te precipites.

Me dio un beso de despedida y mi padre me llevó hasta la estación de tren. Apenas hablamos durante el camino.

Casi todos los hombres que he conocido me dieron alegrías, joyas, un lugar en la sociedad, y nunca me arrepentí de conocerlos, excepto al primero, el director de la escuela, que me violó cuando tenía dieciséis años.

Me llamó a su despacho, cerró la puerta, metió su mano entre mis piernas y empezó a masturbarse. Primero intenté librarme diciéndole, amablemente, que no era el momento ni el lugar, pero él no decía nada. Apartó algunos papeles de su mesa, me puso boca abajo y me penetró con rapidez, como si tuviese miedo de algo, temiendo que alguien pudiera entrar en el despacho y sorprenderlo.

Mi madre me había enseñado, por medio de una conversación llena de metáforas, que sólo se puede llegar a «intimidades» con un hombre si es por amor y si este amor es para

siempre. Salí de allí confusa y asustada, decidida a no contarle a nadie lo sucedido, hasta que una de mis amigas sacó el tema mientras charlábamos en grupo. Me enteré de que ya les había pasado a dos de ellas, pero ¿a quién íbamos a quejarnos? Corríamos el riesgo de ser expulsadas de la escuela, así que volvimos a casa sin poder contar lo ocurrido, sin más remedio que permanecer calladas. Mi consuelo fue saber que no era la única. Más tarde, cuando me hice famosa en París gracias a mis actuaciones como bailarina, aquellas chicas se lo contaron a otras y, en poco tiempo, todo Leiden sabía lo que había pasado. El director ya estaba jubilado y nadie se atrevía a decirle nada. ¡Todo lo contrario! Algunos hasta lo envidiaban por haber sido el primer hombre de la gran diva del momento.

Desde entonces, asocié el sexo con algo mecánico que nada tenía que ver con el amor.

Pero Leiden era aún peor que Leeuwarden; tenía la famosa escuela de maestras de jardín de infancia, un bosque que iba a dar a una carretera, vecinos que no tenían nada mejor que hacer que ocuparse de la vida de los demás y ya está. Un día, para matar el aburrimiento, me puse a

leer los anuncios clasificados del periódico de una ciudad cercana. Y allí estaba:

Rudolf MacLeod, oficial del ejército holandés, de ascendencia escocesa, actualmente de servicio en Indonesia, busca novia joven para casarse y vivir en el extranjero.

¡Allí estaba mi salvación! Oficial. Indonesia. Mares desconocidos y mundos exóticos. Ya estaba harta de aquella Holanda conservadora, calvinista, llena de prejuicios y tedio. Contesté al anuncio incluyendo una foto, la mejor y más sensual que tenía. Ni me imaginaba que se trataba de una broma de un amigo suyo y que mi carta sería la última en llegar, de un total de dieciséis recibidas.

Vino a verme como si se fuese a la guerra: totalmente uniformado, con una espada colgando a la izquierda y bigotes largos, con brillantina, que parecían esconder un poco su fealdad y su falta de modales.

En nuestro primer encuentro, charlamos un rato sobre cosas sin importancia. Recé para que volviese, y mis oraciones fueron atendidas.

Una semana después, regresó, para envidia de mis amigas y desesperación del director de la escuela, que, posiblemente, aún soñaba con otro día como aquél. Noté que olía a alcohol, pero no le di mucha importancia, atribuyéndolo al hecho de que debía de sentirse nervioso ante una joven que, según todas mis amigas, era la más guapa de la clase.

En el tercer y último encuentro me pidió matrimonio. Indonesia. Capitán del ejército. Viajes lejanos. ¿Qué más puede pedirle a la vida una joven?

—¿Te vas a casar con un hombre veintiún años más viejo que tú? ¿Sabe que ya no eres virgen? —me preguntó una de las chicas que había tenido la misma experiencia con el director de la escuela.

No contesté. Volví a casa, él pidió respetuosamente mi mano, mi familia consiguió un préstamo de los vecinos para el ajuar y nos casamos el día 11 de julio de 1895, tres meses después de haber leído el anuncio.

Cambiar y cambiar para mejor son dos cosas del todo diferentes. De no ser por la danza y por Andreas, mis años en Indonesia habrían sido una pesadilla sin fin. Y la peor pesadilla es pasar de nuevo por todo eso. Un marido distante y siempre rodeado de mujeres, la imposibilidad de huir y volver a casa, la soledad que me obligaba a pasar durante meses sin salir a la calle porque no hablaba el idioma, además de estar constantemente vigilada por los otros oficiales.

Aquello que debería ser una alegría para cualquier mujer, me refiero al nacimiento de sus hijos, se convirtió en una pesadilla. Cuando superé el dolor del primer parto, mi vida se llenó de sentido al tocar por primera vez el minúsculo cuerpo de mi hija. Rudolf mejoró su comportamiento durante algunos meses, pero luego volvió a lo que más le gustaba: sus aman-

tes locales. Según él, ninguna europea podía competir con una mujer asiática, para la que el sexo era como una danza. Me lo decía sin el menor pudor, tal vez por estar borracho, tal vez porque quería humillarme deliberadamente. Andreas me contó que, una noche, estando ambos en una expedición sin sentido, yendo de la nada hacia ningún sitio, le había dicho en un momento de sinceridad alcohólica:

—Margaretha me da miedo. ¿Te has fijado en cómo la miran todos los demás oficiales? Puede abandonarme de un momento a otro.

Y, dentro de esa lógica enfermiza que transforma en monstruos a los hombres que tienen miedo de perder a alguien, se volvía cada vez peor. Me llamaba prostituta porque no era virgen cuando lo conocí. Quería saber detalles de todos los hombres con los que, según su imaginación, yo había estado. Cuando, llorando, le contaba la historia del director en su despacho, a veces me pegaba diciendo que era mentira, otras se masturbaba pidiéndome más detalles. Como para mí no era más que una pesadilla, me veía obligada a inventar esos detalles, sin entender muy bien por qué lo hacía.

Llegó incluso a mandarme con una criada a comprar lo más parecido al uniforme que usaba en la escuela en la que me conoció. Cuando lo poseía algún demonio que yo desconocía, me ordenaba ponérmelo; su fantasía favorita era repetir la escena de la violación: me acostaba sobre la mesa y me penetraba con violencia mientras gritaba, para que todos los criados pudiesen oírlo, dando a entender que a mí me encantaba aquello.

En ocasiones tenía que comportarme como la niña buena que debe resistir mientras él me violaba; otras, me obligaba a gritar pidiéndole que fuese más violento, porque yo era una prostituta y aquello me gustaba.

Poco a poco fui perdiendo la noción de quién era. Pasaba los días cuidando de mi hija, andando por la casa con un aire displicentemente noble, disimulando los golpes con exceso de maquillaje, pero sabiendo que no engañaba a nadie, absolutamente a nadie.

Me quedé embarazada otra vez, viví algunos días de inmensa dicha cuidando de mi hijo, pero fue envenenado por una de sus niñeras, que ni siquiera tuvo que dar explicaciones:

otros criados la mataron el mismo día que el bebé apareció muerto. Al final, la mayoría dijo que había sido una venganza más que justa porque la criada era constantemente apaleada, violada y explotada con horas interminables de trabajo.